

LIBROS

En un día cualquiera

Susana C. Preciado

En el oscuro amanecer de nuestros días, ha llegado poco a poco la ventisca. Trae consigo recuerdos que no se pueden evitar.

Prendemos el fogón y tomamos té caliente.

Llueve un poco, tan sólo para dejar con ganas de que suceda un torrencial a cualquiera.

Chisporrotean los viejos leños y eso acrecienta el ansia de platicar.

Están bailando para nosotros las nuevas ramas que llevan el compás de la música del agua, del agua que no nos toca, pero que allí está, afanada en desprenderse del cielo oscurecido por la lejanía del sol.

Flotan entre el adobe y nosotros olores a té y nube, a niño mojado, a tierra sedienta, a tronco quemado.

(Las ramas viejas son flojas: apenas si se mueven, no le hacen caso al agua de la música.)

Los trapos que sonreían al sol son alejados de los tenderos por manos viejas, marchitadas por el viento; las ropas, con agua que lenta, ha ganado terreno en sus hilos gastados.

Salen algunos niños a atrapar ranas (las ranas salen a atrapar niños de vez en cuando, tan sólo en sueños, y no en días de lluvia: pobres ranas).

Hablamos y no; vivimos los recuerdos, y cada quien está en los suyos, cada quien vive sus recuerdos: nuestros cuerpos están sentados cerca del fogón, pero cada quien ya mueve ahora en el mundo que sintió y que quiere volver a sentir cuando la tarde está llorando, cuando el griterío infantil no hace caso de las palabras escupidas por los viejos.

Cada quien va desapareciendo y anegándose en sus propios recuerdos, cada quien sale y se esfuma de sus asientos. . . queda solo el fogón, por unos momentos, y luego vienen gentes más jóvenes y ocupan los lugares dejados por nosotros mismos, siendo más viejos. Cada uno vuelve a hablar con el otro de lo que hoy pasó en el pueblo; ya nadie recuerda lo que ayer vivió, y vienen hacia nosotros los niños, que ya son adolescentes, empapados de recuerdos, de lluvia. . . de nosotros, los viejos. . .

Atardecer del jueves 15 de abril 76